

Ya hemos pasado el ecuador del tiempo de Pascua. Hace más de un mes que celebrábamos la resurrección de Jesucristo. Conviene, por ello, recordar el tono festivo, alegre, que debía caracterizar nuestras celebraciones pascuales porque nos hemos podido habituar a él y ya no resaltarlo cayendo en la rutina. No olvidemos tampoco aquellos elementos que la liturgia nos ofrece para distinguir este tiempo litúrgico del resto del año: las flores, la iluminación, los ornamentos, la aspersión con el agua bendita, el canto del Gloria, el uso del Credo apostólico, la tercera fórmula de la aclamación tras la consagración, la bendición solemne...

En los primeros domingos de Pascua hemos escuchado en el evangelio las apariciones del Resucitado. El domingo pasado se nos presentaba a Cristo como el buen Pastor y la única puerta de acceso al Padre. En los próximos domingos (5º, 6º y, donde la Ascensión se celebra en jueves, también 7º) serán las palabras de despedida de Jesús en la última cena transmitidas por san Juan (13, 31-17, 26) las que ocupen el evangelio de los tres ciclos litúrgicos.

* YO SOY EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA

El texto evangélico de hoy nos recuerda la centralidad de Cristo en nuestra fe: «creed en Dios y creed también en mí». Más aún, Jesús declara que él es el camino, la verdad y la vida.

Ante los múltiples caminos que nos ofrece el mundo para alcanzar la felicidad que el hombre anhela, Jesús es el camino para obtenerla. No un camino, sino el camino: el único camino. Porque Jesús nos conduce al Padre, tal y como él lo afirma en el evangelio: «Nadie va al Padre sino por mí». En la medida que Dios llene nuestra vida, nos invadirá su amor, fuente de la felicidad auténtica. A diferencia de las cosas de este mundo que solamente producen una felicidad pasajera, superficial. Así lo experimentó san Agustín y tan bellamente lo expresó: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que no descanse en ti» (*Confesiones* 1, 1).

En segundo lugar, Jesús se proclama como la verdad. Jesús ofrece la verdad al ser humano porque «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (GS 22). Jesús, el hombre perfecto, nos muestra lo que el hombre debe ser. Él es el paradigma a seguir para todos aquellos que deseen alcanzar la plenitud humana.

Finalmente Jesús se presenta como la vida. Él nos da vida auténtica. Quien configura su vida con él, se convierte en protagonista de su propia vida porque es consciente de lo que vive, frente a una humanidad que se limita a sobrevivir, a no sacar el jugo a la vida. Además, por Cristo la vida divina late en el corazón humano, alcanzando así nuestra vocación más sublime: la divinización. Cristo nos regala la plenitud de la vida: la inmortalidad. Así nos lo dice en el evangelio hoy: «os llevaré conmigo, para que donde estoy yo estéis también vosotros». Cristo nos hace, pues, partícipes de su resurrección.

* SACRAMENTO DEL BAUTISMO

Hoy podría ser un día propicio para decir algunas palabras sobre el sacramento del bautismo, que está estrechamente vinculado a la Pascua, tomando como base la segunda lectura. Hace un par de domingos invitábamos a hablar de la eucaristía y, bien el próximo domingo, bien el día de Pentecostés, se podría dedicar parte de la homilía a la confirmación. De tal manera que los tres sacramentos que forman la iniciación cristiana, el gran sacramento que nos asocia a la Pascua de Cristo, tengan un protagonismo particular en este tiempo litúrgico.

San Pedro, en el fragmento de su carta que se lee en la segunda lectura, nos recuerda que somos «una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada». Es el bautismo, por una parte, el que nos introduce en ese «pueblo adquirido por Dios», que es la Iglesia. La cual está abierta a todos los hombres y mujeres del mundo. Por eso nos invita a que los bautizados proclamemos «las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa». Para que por contagio otros también deseen entrar, «como piedras vivas, en la construcción del templo del Espíritu».

Y, por otra parte, es el bautismo el que nos injerta en Cristo, haciéndonos partícipes de su sacerdocio, el llamado sacerdocio bautismal. Así, todos los bautizados están llamados a «ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo», siendo el mejor sacrificio «ofrecerse a sí mismos como hostia viva» (*Rm 12, 1*), tal y como hizo Cristo.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI